

## SOBRE EL ATLANTICO

Mario Vallejo

(Odontología)

Vivir quizá la última mañana de un día siempre incierto en el siguiente instante al embarcar y cruzar el océano por primera vez, y así cada día durante veintiuno más, recobrando con atávica inconciencia el nomadismo aventurero de algún antepasado.

Significar ante los demás, ante sí mismo, la afirmación y el ser de renovadas inquietudes. Irrumpir con la imaginación en el pasado y en el futuro, con la facilidad, gracia y fuerza de una quilla acerada en las salobres aguas de mágicos colores cambiantes según la profundidad.

Ser otra vez Ulises, triunfador de todas las caminar por la barandilla o desde el puente. Conversar con el pasaje, camareros, grumetes, oficialidad, cocineros y capitán. Conocer a grosso modo y en detalle los perfiles de la humanidad viajera despojada de convencionalismos, deslosa de comunicación, llena de sueños y temores, de huida y entrega.

Arribar y alejarse de cinco países, dejar atrás costumbres y religiones nuevas, resultado y síntesis del folklore local, la importación colonial de esclavos africanos, el arribo de la tecnología americana y la obstinada presencia de apóstoles de esta época. Recorrer a media noche la pequeña ciudad de Cartagena —avanzada de Europa—, Guanajuato sudamericano en sus callejones y fachadas.

Por un golpe de fortuna abandonar la Guaira horas antes de catastrófico terremoto y contemplar el dolor y llanto de los pasajeros afortunados que abordaron la nave para salvar la vida, pero que en tierra dejaron familias y amigos de los cuales pasará mucho tiempo para tener alguna noticia.

Después, diez días tranquilos, largos. No hay más Continente.

Siguiendo el consejo de conocido dramaturgo entregarse a la placentera lectura del Quijote; y de lleno ya en la Mancha revivir con este ingenuo, valeroso hijo de alguien y su pícaro escudero, conocedor de todos los refranes, todas sus peripecias. Las horas no pasan y los capítulos vuelan en la parte más alta del buque donde el cuerpo descubre ser todo un complejo sensible que ve y admira, gusta y saborea, escucha atento el mínimo rumor —hasta la sonrisa del espíritu regocijado con tan simpáticas aventuras— bajo la calidez del sol.

Un grupo de religiosas que ha subido al barco apenas lo o granjas colectivas, tratan todos los problemas de disciplina. y curtida experiencia de quince días de viaje. En la madrugada, conforme lo anunciado, surgen las Canarias dotadas de un apacible clima templado y una tierra llena de contrastes: cerca del mar, los platanares en producción; en el camino, donde nos hemos detenido, en la falda de la montaña, una placa que recuerda el paso de Humboldt; y en la cima, la nieve, consistente, blanca y limpísima.

Al fin Cádiz, primer puerto de Europa en el itinerario, cuyas edificaciones se levantan sobre planchas y escalinatas de imperecederos mármoles blancos de remotos fenicios y romanos.

La noche siguiente zarpamos al destino final: Barcelona en lo alto un haz de estrellas, la Vía Láctea, de clarísima luz cintilando de oriente a poniente nos acompañó toda la noche, al igual que una desplegada de delfines que en perfecta formación trazaron la ruta al barco al cruzar el estrecho de Gibraltar. Delfines, estrellas y mar, último contacto idílico de esta moderna odisea sin sirenas, ni Circo, ni Polifemo.

